

¿No hemos pretextado privarnos de ella porque las comuniones tan frecuentes absorben mucho tiempo, ó porque ellas nos empeñan á llevar una vida más santa, ó porque demandan hacernos más continua violencia, á lo cual no estamos resueltos?

En fin, bajo el especioso pretexto de más honrar á nuestro Señor, y por una falsa humildad, ¿no hemos nosotros tratado de insinuar á los demás que comulgar tan frecuentemente es faltar al respeto á Jesucristo en este adorable misterio?

TERCER PUNTO.

Dios mio, que sois el Pan de los Angeles en el cielo, y que quereis serlo tambien el de los fieles sobre la tierra, que sepa yo, Señor, estimar la dicha de estos espíritus celestiales, de nutrirse sin cesar de Vos, y de no saciarse jamás! Cuanto más ellos os gustan, más desean recibiros. Llenadnos, Dios mio, de esta santa avidez, á fin de que, acercándonos á vuestra santa mesa, nosotros podamos gustar todas sus dulzuras y corresponder á ese deseo ardiente con que Vos á ella nos convidais. *Venite ad nuptias.* (Matth. xxiv). *Comedite, amici, et bibite, et inebriamini, carissimi.* (Cant. v, 2).

PRIMER EXÁMEN.

De la accion de gracias despues de la santa Comunión.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á Dios en la eminencia de su sér y en lo infinito de sus perfecciones, que, entre todos los deberes de religion que El exige de los hombres, atiende particularmente á los que se refieren á la gratitud por sus beneficios. El es un Dios de bondad que no desea sino comunicarse: y como segun el órden de su Providencia, agradecerle una gracia es un medio infalible de obtener otra nueva, El desea que no se cese jamás de rendirle agradecimiento, para no cesar El jamás de hacernos nuevos favores. ¡Qué obsequios y qué homenajes no le debemos nosotros tributar por haber establecido este santo comercio de gracias, que hace que la fidelidad á las que nos ha otorgado sea siempre un titulo para recibir de El otras nuevas! *Ad mare unde exeunt gratiarum flumina revertuntur, ut iterum fluant.* (S. Bern. Serm. 13 in Cant.).

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si despues de la santa Comunión, en la que se recibe de Dios el más grande de todos los dones, nosotros hemos

sido fieles en agradecersele y en hacer bien nuestra accion de gracias.

¿Hemos tomado para esto algun tiempo inmediatamente despues de haber comulgado? La ligereza, la indevacion y la solitud por el estudio ó por cualquier otra ocupacion que nos interesaba, ¿no han sido motivo para diferir muchas veces este santo ejercicio, y aún algunas para omitirlo del todo?

¿Hemos tenido cuidado de evitar todo lo que nos pudiera impedir de tributar á Dios este deber, y de gozar en paz de la presencia de su Hijo muy amado?

¿No hemos tenido pena de resolernos á emplear en esto una media hora ó por lo menos un cuarto, pensando que era esto un tiempo bien corto para reconocer una gracia tan grande?

Cuando dado á este ejercicio todo ese tiempo, ¿no hemos dejado disipar nuestro espíritu, por no gustar de hacernos un poco de violencia, y no hemos entonces pensado cosas ajenas de lo que demanda la presencia de Jesucristo en nuestro corazon?

¿No hemos interrumpido esta accion demasiado fácilmente y bajo los menores pretextos? ¿Y no es verdad que muchas veces nos hemos alegrado ó por lo menos no hemos sentido disgusto al presentarse motivo para esa interrupcion?

¿No hemos omitido hacer los actos que

nos son marcados para este ejercicio? ¿Y no es por no habernos tomado el cuidado de producirlos, que hemos dado lugar á muchas distracciones, sobre todo en tiempos de tedio y de sequedades?

Por dar buen ejemplo á los demás y no exponernos á las disipaciones que puede causar el cambio de lugares, ¿hemos hecho nuestro ejercicio de gracias, en cuanto hemos podido, en el propio sitio en donde hemos comulgado?

En fin, ¿hemos mostrado por todo nuestro exterior con cuánta religion y con cuánto respeto se debe ejecutar esta accion; teniéndonos de rodillas, recogidos y con una gran modestia, y sobre todo no sentándonos sino por verdadera necesidad?

TERCER PUNTO.

¡Dios mio, nosotros haríamos sin fatiga alguna y con placer nuestra accion de gracias despues de la santa Comunion, sin necesidad de ser excitados por otro motivo, si saliésemos de la santa mesa con aquel admirable fervor que experimentaban los Santos! Oh bondad soberana, quitad el frio de nuestros corazones; que ellos no respiren sino vuestro amor, que sean abrasados en sus más vivas llamas, á fin de que tocados y enternecidos por el don inefable que nos haceis en la santa Comunion, pongamos todo nuestro gozo en mostraros nues-

tro reconocimiento por esta gracia: *Gratias Deo super inenarrabili dono ejus.* (II Cor. xv).

SEGUNDO EXÁMEN.

De la accion de gracias despues de la santa Comunion.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor retirado en el Cenáculo con sus Apóstoles, y ofreciendo con ellos á Dios su Padre sus acciones de gracias despues de la santa Comunion: *Accipiens panem, gratias egit... Et hymno dicto, exierunt.* ¡Ah! ¡cuán puros eran los sentimientos de reconocimiento de que El se mostraba penetrado en este tiempo! ¡qué tiernos y cuán llenos de amor! ¡Qué ardiente era este amor y qué profundo su anonadamiento! ¡cuán ferviente era entonces su plegaria! ¡Qué objeto tan digno de toda la complacencia para su Padre era en este estado el Corazon de Jesús, y qué bien merece El que nosotros le ofrezcamos nuestros homenajes, y le imitemos en el cumplimiento de todos estos deberes!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos cómo empleamos nosotros el tiempo de nuestra accion de gracias despues de la santa Comunion.

1. ¿Hemos, en primer lugar, adorado á Jesucristo, que siendo todo un Dios como es tiene la bondad de venir á nosotros? ¿Nos hemos anonadado en la presencia de este Huésped divino, cuya majestad infinita no puede ser dignamente reconocida sino por los más profundos homenajes de la religion?

2. Persuadidos del honor que nos dispensa, y considerando por una parte la abundancia de gracias de que nos colma, y que su Padre nos quiere hacer por El, y viendo por otra parte nuestra impotencia para reconocer como El lo hace tantas bondades, ¿le hemos rogado se digne suplir cuanto nos falta delante de su Padre, y darle El mismo en nosotros las gracias debidas?

3. ¿Le hemos dado amor por amor? ¿Nos ha inflamado ese mismo fuego divino que le abrasa por nosotros, y hemos respondido á sus caricias y sus abrazos sagrados por un ardiente deseo de estar inseparablemente unidos á El? ¿Hemos entrado en las efusiones, transportes y ternuras del corazon, por las que el alma explica mejor su amor que por todo otro lenguaje?

4. ¿Hémosle abierto bien nuestro corazon para exponerle con simplicidad todas nuestras miserias, y hemos aprovechado este favorable tiempo para presentarle nuestras necesidades más particulares, con toda

la confianza que un hijo debe tener para su padre?

5. ¿Hemos destinado algunos momentos para escucharle con respeto, como lo hacia el Profeta? *Audivi quid loquatur in me Dominus.* (Psalm. LXXXIV).

¿Nos hemos ofrecido enteramente á El, á fin de que El use de nosotros para su mayor gloria, y que disponga segun le plazca de todo lo que somos y cuanto tenemos, como de cosas que son absolutamente tuyas, que le pertenecen por una infinidad de títulos, y sobre los cuales El tiene un soberano dominio?

TERCER PUNTO.

Dios mio, os pido perdon del fondo de mi corazon de haber tenido hasta el presente tan poco cuidado de practicar bien mi accion de gracias: yo temo mucho que sea este el origen del poco fruto obtenido de tantas comuniones. Haced, yo os lo ruego, oh Dios mio, que no incurra en lo sucesivo en esta negligencia, efecto de una verdadera ingratitud, cuyo vicio es para Vos de los más odiosos y el que más embarga el curso de vuestras gracias: *Ingratitudo ventus urens, siccans sibi fontem pietatis, rorem misericordiae, fluentia gratiae.* (S. Bernar. *Serm.* 51 *in Cant.*).

EXÁMEN.

De la visita al santísimo Sacramento.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo habitando en nuestras iglesias y residiendo en nuestros altares como un rey en su palacio, elevado sobre un trono para ser visitado de sus vasallos, y para recibir allí los homenajes que le son debidos. Su amor llama allí á todos, á los más pequeños como á los más grandes, para hacerles sentir los efectos de su magnificencia y de sus divinas liberalidades, para darles parte de los tesoros que El ha puesto en el seno de su Padre, y para hacerles experimentar cuántos beneficios derrama sobre los que con frecuencia hacen la corte á un Señor tan lleno de ternura y de bondad para sus servidores. ¡Oh! ¡cuán digno es El en este estado de recibir con su Padre toda suerte de alabanzas y de bendiciones! *Sedenti in throno, et Agno, benedictio, et honor, et gloria et potestas in saecula saeculorum.* (Apoc. v, 13).

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros somos fieles en visitar á nuestro Señor en el santísimo Sacramento, y cómo practicamos esta accion.

¿Le visitamos con frecuencia? ¿No hemos dejado pasar muchas veces semanas enteras sin cumplir este deber?

¿No hemos preferido á esta visita las de nuestros parientes y amigos, ó á cualquier otra del mismo modo inútil; conceptuando tal vez como un tiempo perdido el que hubiéramos de pasar cerca de los altares?

En el tiempo de las tentaciones, de las desolaciones interiores, de los tedios y desalientos, ¿no hemos ido á buscar nuestra fuerza y nuestra consolacion en las diversiones y compañías del mundo; en lugar de recurrir á nuestro Señor, en conformidad con el vivo anhelo que El mismo nos manifiesta: *Venite ad me omnes, qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos?* (Matth. XI, 28).

Cuando nosotros le hemos visitado, ¿lo hemos hecho al menos con tanto ardor y diligencia como los cortesanos se acercan á su príncipe y le hacen la corte?

Estando en su presencia ¿nos hemos mantenido allí con toda la modestia, todo el recogimiento y todo el respeto que demanda la grandeza y majestad del Rey de los reyes?

¿Le hemos adorado en sus estados de grandeza y de bajeza, de elevacion y de abatimiento que están encerrados en ese misterio?

¿Le hemos reconocido por el perfecto

adorador de su Padre, y en este concepto hemos deseado nosotros ardientemente unirnos á El, á fin de que, llenos de sus santas disposiciones, podamos entrar en su religion y en su amor, y rendir con El todo lo que El ofrece de alabanzas á Dios su Padre?

Para responder al deseo que El tiene de hacernos bien y de vernos á sus piés en calidad de suplicantes, ¿le hemos expuesto con confianza todas nuestras necesidades, las de la Iglesia, y aún en particular las de la diócesis dentro de la que le visitamos?

¿Nos hemos detenido algunos momentos en paz y en silencio, para darle tiempo á operar en nosotros, y para dejarnos penetrar de sus gracias y de sus dones?

En fin, nos hemos retirado de esta visita con dolor, viéndonos obligados á separarnos de la presencia de un Maestro tan bueno, y con un deseo ardiente de repetirla siempre que nuestros ministerios nos lo permitan?

TERCER PUNTO.

¿Quién no se lamenta, oh Dios mio, de ver los soberanos de la tierra rodeados de tanta gente del mundo, sus palacios tan frecuentados, su corte tan numerosa, mientras que vuestras iglesias están desiertas, vuestros altares abandonados y vuestra sa-

grada Persona tan frecuentemente sola y sin que nadie os haga la corte? ¡Qué confusión para los cristianos que os reconocen por su Dios! No permitais, adorable Jesús, que yo sea del número de los que os abandonan de esa manera; mas sí de aquellos que, á ejemplo del Profeta, no suspiran sino en busca de vuestros tabernáculos, y que no encuentran gusto sino al pié de vuestros altares. *Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! concupiscit et deficit anima mea in atria Domini... Altaria tua, Domine virtutum; Rex meus et Deus meus.* (Psalm. LXXXIII).

EXÁMEN.

De la lectura espiritual.

PRIMER PUNTO.

Adoremos la providencia de Dios, que por medio de los libros espirituales nos hace disfrutar de la conversacion de los Santos, nos hace aprovechar de sus trabajos y de su experiencia, y nos da parte de las luces y de los buenos sentimientos que durante su vida el Espíritu Santo ha esparcido en sus corazones. Reconozcamos esta bondad con que de este modo vela sobre nuestras necesidades y nos procura tan grandes ventajas por la lectura de sus libros.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos con qué fidelidad hacemos nuestra lectura espiritual.

¿Dedicamos todos los dias algun tiempo á este santo ejercicio?

Antes de principiarle ¿pedimos á Dios la gracia para hacerla bien?

¿Hemos purificado bien nuestra intencion, no teniendo en mira sino la extirpacion de nuestros vicios, nuestro establecimiento en las virtudes y nuestro progreso en la perfeccion?

Extirpatio vitiorum, exercitia virtutum, spiritualis profectus.

¿No nos aplicamos á él por *vanidad*, deseando ahí aprender á hablar de la virtud, sin voluntad de practicarla? ¿Por *curiosidad*, atendiendo más á la hermosura del estilo y á la pureza del lenguaje que á la sustancia de las verdades cristianas? ¿O cómo si fuera una carta leyendo con indiferencia, sin poner cuidado alguno en aprovecharla?

¿Hemos procurado retener algun concepto (segun el aviso que nos dan los Santos) para ocuparnos en él, rumiándolo durante el dia? *Semper aliquid de lectione extrahas quod proposito conveniat, quod revocatum crebrius ruminetur, quod te ad proficiendum admonet.* (S. Bern.).

¿No hemos hecho esta lectura sin orden